

Una lección*

Fernando Sánchez Torres
*Consejo Superior
Universidad Central*

Es costumbre que en los actos académicos como el que ahora nos reúne, es decir, el acto de graduación, algún alto directivo de la Universidad les dirija la palabra a quienes reciben el diploma. Hoy, por decisión del Consejo Superior, y dentro del marco de la celebración de los 35 años de vida del Claustro, me ha correspondido a mí ese honor, que es también un delicado compromiso.

Dado que he sido profesor universitario durante muchos años, me es difícil despojarme de tal investidura; por eso, en vez de un discurso, lo que quiero pronunciar es una lección, la última que escuchen antes de dejar el alma máter donde recibieron su formación profesional. Cuando digo “última lección”, no es para significar que a partir de este día ustedes dejarán de ser estudiantes, condición que equivale a ser buscadores y receptores de

lecciones y enseñanzas. Recuerden que vivir es un proceso alimentado por enseñanzas diarias, que se prolonga hasta el momento en que nos acompañe la capacidad de aprender, de raciocinar. De ahí que no pueda aceptarse que exista una última lección. Cuando esto ocurra, es porque nuestra vida está a punto de extinguirse. Interpreten, pues, jóvenes graduandos, la figura de “la última lección” como una despedida aleccionadora, como una reflexión que puede serles útil en su transcurrir profesional. Dictar una lección se asemeja a una fructífera siembra, puesto que está destinada a caer en los surcos de la mente y la conciencia de los alumnos, con el propósito de que eche raíces y luego dé sus frutos. Espero que mis palabras, vale decir, mi siembra, no caiga en terreno estéril.

Recuerden que vivir es un proceso alimentado por enseñanzas diarias, que se prolonga hasta el momento en que nos acompañe la capacidad de aprender, de raciocinar.

* Palabras pronunciadas en el acto de grados del 30 de agosto de 2001, en el Auditorio Jorge Enrique Molina Mariño, de la Universidad Central.

Aprovechando que los destinatarios de la lección de hoy son ustedes, los mismos que desde este momento dejan de ser alumnos regulares de la Universidad para convertirse en egresados de ella, voy a centrar mis palabras en los deberes básicos de todo profesional. El nuevo profesional es un individuo que ha dejado de figurar en los libros de matrícula de la universidad por haber culminado sus estudios. Pero tal desvinculación no apareja, de manera alguna, un divorcio total, definitivo. Dejar los claustros con el diploma profesional en la mano no significa que se haya cortado de tajo el cordón umbilical con la entraña que nos dio su savia. Ésta aún puede darnos mucho, es cierto; pero también lo es que nosotros debemos retribuirle algo, y si de alguna forma queremos demostrarle gratitud, la mejor manera de hacerlo es comportándonos en la vida profesional como vástagos que se sienten orgullosos de llevar su sangre, es decir, tratando siempre de dejar muy en alto el nombre de la estirpe.

Precisamente, el tema de mi lección tiene que ver con la ética profesional, con el comportamiento de los buenos hijos de una universidad. La medida del afecto que conservemos por ella la da la calidad de nuestro desempeño profesional. Y la calidad, la buena calidad, no es otra cosa que actuar bien, correctamente. En otros términos, saber cumplir con el deber.

He escogido el tema de la ética puesto que, al igual que la comida o la vivienda, se vuelve más importante a medida que se nota su falta. Nadie puede desconocer que entre nosotros la ética se ha vuelto un bien escasísimo. Vivimos una crisis moral, jamás conocida a lo largo de toda nuestra historia. Existe una verdadera penuria ética. No ha quedado reducto alguno donde no hayan hecho mella las metástasis de la inmoralidad. Cuando utilizo la palabra “metástasis”, acudo deliberadamente a un término médico para hacerles caer en la cuenta

de que estamos frente a un cáncer, a un mal espantoso que, por descuido o por indiferencia, hemos dejado avanzar hasta el límite de la desesperanza. En efecto, la sociedad colombiana es presa de una enfermedad gravísima, que amenaza exterminarla: ese padecimiento es la inmoralidad, la falta de ética.

La ética es una disciplina que nos señala lo que debemos hacer, mediante un proceso racional, reflexivo, de carácter íntimo. Es el deber de hacer lo bueno. Pero para poder llevar adelante ese proceso de manera correcta, es necesario contar con una guía o brújula que facilite la llegada a buen puerto, que impida que nos extraviemos. La sociedad misma nos la ha proporcionado por intermedio de códigos de conducta, elaborados para defender los mejores intereses de sus asociados. Tales ordenamientos jurídicos son la Constitución Política, el Código Penal, el Código Administrativo, el Código de Comercio, etc. Estas normas, de obligado cumplimiento, constituyen la “moral objetiva”, la cual, pese a ser muy importante, no es suficiente para que nuestro actuar tenga el sello característico de la eticidad. Mientras no se añada el ingrediente que suministra la conciencia —o “moral subjetiva”—, los actos carecerán de bondad ética. Y los valores y principios morales son los que inducen o retroalimentan a la moral subjetiva. El que carece de ellos es un amoral, y el que los desvirtúa, un inmoral.

A esta altura de mi lección, encuentro conveniente decir algo acerca del nuevo estado que ustedes, los graduandos, han adquirido al momento de jurar y recibir el diploma que los acredita como profesionales. Han de saber que profesión —como lo afirma el médico y bioeticista español Diego Gracia— es un término de origen religioso. Los verbos latinos *profiteor*, ‘profesar’, y *confiteor*, ‘confesar’, tuvieron en latín, y por extensión en las lenguas romances, un sentido religioso: el de confesión pública de la fe o consagración religiosa. Una

La ética es una disciplina que nos señala lo que debemos hacer, mediante un proceso racional, reflexivo, de carácter íntimo. Es el deber de hacer lo bueno. Pero para poder llevar adelante ese proceso de manera correcta, es necesario contar con una guía o brújula que facilite la llegada a buen puerto, que impida que nos extraviemos.



persona profesa es la consagrada a un menester, públicamente reconocido como tal. Pues bien, el ejercicio de todas las profesiones apareja responsabilidades y deberes que pueden ser variables en intensidad, según las características de ellas. La responsabilidad de profesar la medicina, por ejemplo, es mucho más delicada y trascendente que la de profesar la economía o la filosofía. Pero sea cual fuere la actividad profesional, siempre la ética apunta hacia el mismo blanco: el hombre, como que éste es su centro, y el bien, su fin. Ningún profesional puede actuar impunemente en contra de los intereses del “otro”, de su congénere. Para actuar dentro del marco ético debemos sujetarnos a una tabla de valores y principios morales tenidos universalmente como buenos, y aceptados, en particular, por nuestra propia conciencia. La vida y la felicidad del otro, su libertad, su autonomía, su dignidad, son

valores y principios de obligado respeto, que no sólo debemos acatar sino que también debemos propiciar.

Además del ejercicio profesional, en cualquier otra actividad en que nos desempeñemos, nuestra mira más alta debe ser el beneficio de los otros. Es que toda ética prescribe la necesidad –mejor, la obligatoriedad– de subordinar nuestros intereses y aspiraciones al bien de los demás, esto es, de anteponer la *alteridad* al egoísmo. Entiendo que no es cosa fácil actuar ceñidos a esos principios. Precisamente, para alcanzar la condición de virtuosos es menester esforzarnos, estar dispuestos a darnos, a entregarnos; vale decir, tener vocación de servicio, entendiendo que nuestra entrega es tanto más meritoria cuanto menos tengan para retribuirnos aquellos que servimos.

Seguramente muchos de ustedes irán a ingresar al mundo de los negocios, al ámbito empresarial que, hoy y siempre, es donde mayor posibilidad hay de hacer abstracción de las normas de moral. Con la advertencia de que hay excepciones, el hombre de negocios suele estar aguijoneado por la avispa de la ambición y del poder, situación que enceguece y lleva por la calle del medio, tras el becerro de oro, en busca del trono desde el cual se domine todo. Lo más grave de lo que viene ocurriendo entre nosotros es que la sociedad ha ensalzado y convertido en paradigmas suyos a muchos poderosos de ese mundo empresarial, cuya riqueza ha sido producto de la especulación o de transacciones descalificadas por las sanas costumbres y por las normas escritas que esa misma sociedad se ha dado.

Hay quienes afirman, con razón, que de nada valen una ley ni otra norma escrita si no existe a la vez una conciencia social que considere despreciable toda conducta que viole lo establecido en ellas. Los códigos de conducta

que el Estado o la sociedad promulgan, como también las empresas y organizaciones profesionales, son útiles, es cierto, pero no solucionarán todos los problemas morales en tanto no haya una conciencia individual capaz de rechazar lo rechazable y dispuesta a acoger lo bueno. Ya comenté atrás que para que la reflexión ética sea correcta se requiere que la moral objetiva esté adobada por la moral subjetiva, que es nuestra conciencia buena. Y esa conciencia buena es, en gran medida, producto de las enseñanzas y los ejemplos buenos recibidos en el hogar, en la escuela, en el colegio, en la universidad.

Ahora que menciono universidad, debo referirme a su papel formador tanto en cuestiones de ciencia como de conciencia. Un profesional impreparado en uno o en otro de esos aspectos, o en los dos simultáneamente, es altamente sospechoso de llegar a faltar a sus deberes, de que se constituya en una amenaza para sus clientes o para la sociedad toda. Este potencial riesgo ha sido motivo de constante

- Hay quienes afirman, con razón, que de nada valen una ley ni otra norma escrita si no existe a la vez una conciencia social que considere despreciable toda conducta que viole lo establecido en ellas. Los códigos de conducta que el Estado o la sociedad promulgan, como también las empresas y organizaciones profesionales, son útiles, es cierto, pero no solucionarán todos los problemas morales en tanto no haya una conciencia individual capaz de rechazar lo rechazable y dispuesta a acoger lo bueno.

preocupación para las directivas de la Universidad Central. Por eso se ha tenido como principio rector el de que a la Universidad, como institución modeladora de profesionales y como el nivel más autorizado para dar lecciones, le compete la grave responsabilidad de capacitar técnica y moralmente a quienes en ella se matriculan, pero no de cualquier manera, sino tendiendo hacia la cumbre de la excelencia. Es claro que la excelencia es una meta difícil de alcanzar, pero no por eso se han ahorrado esfuerzos para, por lo menos, lograr un acercamiento a ella. Creemos que la mediocridad en la formación universitaria es un pecado de lesa sociedad, por cuanto se hace creer a ésta que se pone a su servicio un profesional idóneo, sin que esté capacitado para actuar correctamente, para cumplir con su deber. Sin embargo, la aspiración de graduar profesionales con sello de garantía es un tanto irrealizable, si se tiene en cuenta que el papel de la Universidad, de cualquier universidad, no es formar profesionales en plenitud de sus posibilidades, lo cual sería una pretensión inalcanzable. A lo que ella está comprometida es a comenzar a construir un edificio intelectual y moral sobre los cimientos que cada estudiante trae ya sentados al iniciar los estudios superiores. Si esos cimientos, amalgamados a base de material genético —el cual, entre otras cosas, determina la capacidad intelectual— y de costumbres y enseñanzas inculcadas en el hogar y en los años de escolaridad preuniversitaria, no son sólidos, la construcción del edificio será dispendiosa y al final no garantizará estabilidad. Por el contrario, si hay bases firmes, lo construido por la universidad tendrá garantía, sin que se considere por ello finalizada la obra.

El símil arquitectónico que he utilizado tiene como intención poner de presente que lo que la Universidad lanza a la circulación —óiganlo bien, jóvenes graduandos— es un producto incompletamente terminado, que puede prestar algún servicio a la sociedad, el

cual, no obstante, es susceptible de desembocar en frustraciones e insatisfacciones. Para evitar tal inconveniente, es un deber moral de todo nuevo profesional revestirse de un permanente afán por mejorar su preparación, fijándose como meta la excelencia. Es lo que Jean François Malherbe, filósofo francés contemporáneo, ha llamado la “autopoiesis”, vale decir, la autoconstrucción de la persona. Claro que la universidad tiene también el deber de prolongar su labor constructora a través de programas de educación continuada y de estudios de posgrado, labor esta en la que la Universidad Central ha venido poniendo especial cuidado. Por eso dije al principio que el cordón umbilical que nos unió a nuestra alma máter no conviene seccionarlo de tajo. Pienso que el vínculo más práctico puede establecerse a través de la Asociación de Ex Alumnos. Las directivas de la Universidad Central, conscientes de ello, siempre han propiciado el fortalecimiento de la Asociación, y están dispuestas a fortalecerla aún más. Es que la Universidad no puede ser indiferente de la suerte de sus egresados. Desea seguir sus pasos, pues el compromiso y la responsabilidad con ustedes y con la sociedad no termina hoy. En los días que han de venir, cuando sientan necesidad de recibir una lección, la puerta por donde ahora salen convertidos en profesionales estará abierta para darles paso, para recibirlos nuevamente y acercarlos más a la excelencia.

A lo largo de mi exposición he querido hacerles ver los deberes que ustedes han adquirido al jurar como nuevos profesionales. El hecho de que los identifiquen, de que tengan conciencia de ellos, les hará más fácil asumirlos con responsabilidad, esto es, actuar correctamente. Les he hablado del compromiso con su Alma Máter, con ustedes mismos, con el “otro”, con la comunidad que les rodea, incluyendo, por supuesto, a sus familias. Es lógico que una vez que nos sentimos capaces de volar solos anhelemos ampliar nuestro

Espero, jóvenes profesionales centralistas, que de mi lección puedan llevarse a casa algo, alguna enseñanza que, sin ser la última, zumbe por siempre en las colmenas de su conocimiento.

horizonte y asumamos nuevas responsabilidades. Dejamos el hogar de nuestros padres y construimos uno propio, que viene a ser el núcleo primario de la sociedad. Aspiramos a escalar posiciones y nos convertimos en jefes o directores; más aún, quizás lleguemos a tener nuestra propia empresa y a ocupar un sitio de importancia en el mundo de las finanzas y, como consecuencia lógica, en el mundo social. Este itinerario es absolutamente lícito, a condición de que lleguemos a la cúspide libres de manchas o, como diría un filósofo eticista, sin haber faltado a la justicia.

No puedo terminar este recordatorio de los deberes sin mencionar el compromiso mayor que tenemos todos con ese ente intangible, inasible, pero de obligada presencia en nuestra vida y en nuestra conciencia. Me refiero al país, a la patria, a eso que está hecho de muchas cosas y que nos puede proporcionar felicidad o dolor; siendo tan valioso, bien puede ser considerado como un valor moral. Si nuestro comportamiento en cualquier actividad se ajusta a los principios morales establecidos por la sociedad –no lo olviden–, estamos actuando

en función de patria, estamos cumpliendo nuestro deber con ella.

En su *Genealogía de la moral*, el controvertido filósofo Federico Nietzsche registró un pensamiento que he encontrado muy oportuno para la ocasión, y que servirá para ponerle fin a la última lección que me comprometí a pronunciar ante ustedes. Expresaba el atormentado pensador alemán: “Se ha dicho con razón que ‘donde está vuestro tesoro, está vuestro corazón’; y el mejor tesoro está donde zumban las colmenas de nuestro conocimiento. Siempre estamos camino de ellas como insectos que han nacido con alas y que recogen la miel del espíritu, a quienes no preocupa otra cosa que llevarse a casa algo”.

Espero, jóvenes profesionales centralistas, que de mi lección puedan llevarse a casa algo, alguna enseñanza que, sin ser la última, zumbe por siempre en las colmenas de su conocimiento. Que los hados que protegen a las mujeres y a los hombres de bien, a los que saben cumplir con su deber, sean sus compañeros permanentes.

bojas Universitarias.....